

CAPÍTULO II.

RESTAURACION CANTÁBRICA.

§ CXXVI.

D. Pelayo.

La pequeña dominación de Theudimer desaparece entre el oleaje de las ambiciones musulmanas. Le había sucedido otro godo llamado Athanaïd, tributario de los árabes: expuesto á sus caprichos y vejaciones, era defendido¹ por ellos cuando se les antojaba, y al advenimiento de Abderrahman desaparece de la historia sin que llegue á saberse su paradero². El título de monarca con que algunos honran á Theudimer y Athanaïd es una irrisión.

Mas ya para entonces en la parte septentrional de la Península algunos españoles, no tributarios, sino independientes, habían alzado el pendon de la Cruz como enseña de libertad. Hemos visto los levantamientos parciales del Pirineo aun en la época misma de la invasión sarracena, levantamientos que se sucedieron unos á otros con tal frecuencia, que pudo asegurarse no haber faltado en aquellos montes representantes de la independencia española. El levantamiento en las montañas de Asturias fue posterior, pero mas organizado; y fieles á las tradiciones de nuestra historia, que siempre han antepuesto la restauración cantábrica á la pirenaica, daremos principio por ella.

La cronología de los primeros reyes de Asturias es todavía muy oscura. El Pacense ni aun nombra á D. Pelayo, á pesar de que escribió á mediados del siglo VIII. Con este motivo, y desconfiando de los cronicones del siglo siguiente, los críticos modernos han alterado

¹ Pacense, § 39.

² Masdeu supone que Athanaïd se iría con su gente á refugiar á las montañas de Asturias. El pensamiento es bastante *original*: Asturias no está á un paso de Murcia para una fuga; y á ser cierta bien merecía ponerse al lado de la retirada de los diez mil.

completamente la cronología¹ antigua, retrasando el levantamiento cantábrico hasta mediados del siglo VIII. Con todo, los mismos historiadores árabes dan noticias de él, con relación á una época anterior², aunque sus datos son tambien algo confusos.

Hé aquí la descripción de ellos hecha por los escritores árabes: — «En este mismo año envió el rey Abderrahman los caudillos de frontera Nadhar y Zeid-ben-Aludháh-el-Ashai á los montes de Galicia «que están al septentrional de España, y á los montes Albaskenses «(Vizcaya): visitaron la tierra (la Galicia), y persiguieron algunas «reuniones, ó taifas, de cristianos rebeldes, que confiados en la aspereza de aquella tierra negaban la obediencia al Rey; por la mayor parte eran estos infieles fugitivos de las provincias de España. «Volvieron á Córdoba con muchas riquezas, ganado y cautivos. Referían de estos pueblos de Galicia que son cristianos y de los mas «bravos de Afranc, pero que viven como fieras, que nunca lavan «sus cuerpos ni vestidos, que no se los mudan, y los llevan puestos «hasta que se les caen despedazados en andrajos, que entran unos «en las casas de otros sin pedir licencia³.»

Mas no es precisamente en estos enemigos de la Religión é independencia española donde necesitamos adquirir las primeras noticias acerca del levantamiento cantábrico. Si los primeros historiadores españoles, que dan noticias de él, son posteriores en cien años á los sucesos que refieren, tampoco los árabes que los omiten son contemporáneos, para que su negación pueda hacernos fuerza ninguna. Ello

¹ Pellicer, y posteriormente Masdeu (tomo XII, pág. 51, y tomo XV, pág. 80 de su *Historia crítica*): este segundo pone el levantamiento de Pelayo en 754, y le da solamente unos tres años de reinado. Su opinión no ha tenido séquito.

² El autor de las *Cartas ilustrativas* de Masdeu en la 19 citada por el Padre Huesca, dice: «Estaban entonces los andaluces (árabes) divididos entre sí, «y se ensoberbeció por esto Pelayo el Rumi y los franceses.» En la *Historia de los árabes*, por Conde, tampoco se halla noticia ninguna de levantamiento en Asturias hasta el año 763 que se cita aquí; al paso que ya para entonces lleva nombrados diez ó doce combates en los Pirineos.

³ Conde, tomo I, cap. XVIII. Hay en este trozo gran confusión de ideas y de geografía: como desgraciadamente aquel escritor no citó las fuentes de que tomó aquellas ideas, nos referimos á su obra tal cual está.

Para la fecha del levantamiento de Pelayo parece lo mas seguro tomar un término medio entre el 716-754 que se fijan por las dos opiniones extremas.

aparece como un hecho incontestable en nuestra historia, que D. Pelayo, oriundo de la familia Real de España ¹, empuñó las armas contra los árabes en las montañas de Asturias hácia el año 718; como suponian nuestros antiguos historiadores y aun hoy se opina mas comunmente.

§ CXXVII.

Covadonga.

Acababa Pelayo de ponerse al frente de los refugiados en las montañas de Asturias, cuando estos tuvieron noticia de que se aproximaba á sus estrechos desfiladeros un grueso destacamento del ejército musulman comandado por el guerrero Alkamak. Abandonando los Cristianos la villa de Cangas, se retiraron hácia el monte Auseba, poniendo su confianza en Dios, y su defensa en la aspereza de los montes. Al extremo de un angosto y tortuoso valle se eleva una enorme roca de mas de ciento veinte piés de elevacion, en cuyo centro se ve una profunda caverna abierta por la naturaleza, y de cuyas entrañas brota un torrente, que cayendo al fondo del valle, forma una vistosa cascada, y aumenta el aspecto salvaje de aquel terreno. Á sus inmediaciones se retiraron los escasos insurgentes con sus amedrentadas familias y pobres ajuares. Ocultos en los flancos de los montes esperaban los mas atrevidos la señal de ataque en esa guerra de montaña, en que tanto han sobresalido los españoles cuando sin jefes, sin recursos y sin disciplina, han tenido que defender la independencia de su país. Embarazaba á los mahometanos su mismo número, habiendo de pelear en tan estrecho recinto, presentando un pequeño frente igual al de los Cristianos, mejorados en posicion, y cuyo desnudo aumentaban la desesperacion y la imposibilidad de la fuga.

Las flechas de los sitiadores rebotaban contra las peñas do se guardaban los Cristianos; gruesos troncos y enormes peñascos rodaban sobre los sarracenos desde la cima de los montes aplastándolos en su

¹ Sebastian de Salamanca le llama hijo del duque Favila: «Maxima verò pars «in hanc patriam Asturiensium intraverunt, sibi que Pelagium, filium quondam «Fafilani Ducis ex semine regio, Principem elegerunt.» Los árabes le llaman *Belay el Rumi* (Pelayo el Romano), pues no pudiendo pronunciar la *P* sustitufanla con la *B*.

caida, y la naturaleza misma enviando el agua á torrentes, parecia conjurarse contra los musulmanes, que amedrentados por el fragor del trueno, y no hallando dónde fijar el pié en aquel terreno movedizo, apelaron á la fuga ¹ sofocándose unos á otros en aquel estrecho sendero. Un trozo de montaña se desplomó sobre los fugitivos, y las aguas del Deva desbordándose de sus márgenes tragaron millares de aquellos infieles, cual en otro tiempo absorbieron las del mar Rojo las huestes de Faraon. La mano de Dios obraba allí visiblemente; y aquel conjunto de causas naturales acumuladas en favor de los Cristianos tiene en verdad algo de milagroso ². Los árabes mismos refieren con asombro en sus confusas crónicas la horrible matanza, que aseguró la existencia de aquella sociedad naciente. Todavía las aguas del Deva al lamer las faldas de la montaña descubren los restos de revueltos esqueletos, y la tradicion ha consagrado los lugares inmediatos con varios recuerdos relativos á la proclamacion de Pelayo ³.

¹ El manuscrito de Gotha, citado por Romey, tomo I de la edicion española de 1839, dice así (pág. 436, colum. 2.^a): «El Gobernador de la Península sabedor de que los Cristianos habian juntado un ejército por las montañas del «Septentrion, envió contra ellos á Alkamak. Belay, á favor de su situacion y de «su arrojo, se descolgó sobre los musulmanes matándoles cerca de tres mil. Se «descarriaron sus tiros, estalló una tormenta y quedó sepultada la hueste. Sobrevino Belay é hizo en ellos gran matanza. Yacieron entre los difuntos Alkamak y sus compañeros.»

² Los dos *Cronicones* que primero dan noticia de esta batalla son el de Albelda y el de Sebastian de Salamanca de fines del siglo IX (883 de Jesucristo). Ambos parecen haber bebido en una misma fuente: el segundo es mas difuso, llena la relación de milagros estupendos, y mata en dos plumadas 187,000 sarracenos, haciendo asistir á esta funcion á D. Oppás, con su correspondiente arenga á estilo clásico. ¿Es posible que tan atroz matanza no llegara á oídos del Picense?

³ Cerca de Covadonga se ve el campo llamado *Repelayo*, donde la tradicion asegura que se verificó la ceremonia de alzar á D. Pelayo sobre el pavés. En la inmediata villa de Cangas hay tambien varias tradiciones relativas á este Monarca, cuyo nombre ha sido siempre pronunciado en España con religiosa veneracion. Su moderno y grosero epitafio le da el título de Santo:

Aquí yaze el S. rey D. Pelayo,
electo el año de 716 que en
esta milagrosa cueva comen-
zó la restauracion de Espa-
ña. Vencidos los moros, falleció
año 737 y acompaña á su muger y hermana.

La cueva misma consagrada al culto de la Madre de Dios, á quien se encomendara el valeroso caudillo, ha sido siempre objeto de veneracion para los españoles, y la pequeña basilica quemada, y reconstruida trabajosamente en el siglo pasado, perpetúa siempre esta religiosa tradicion, y es uno de los monumentos eclesiásticos mas gloriosos de nuestra patria ¹.

§ CXXVIII.

D. Alfonso el Católico.

Las discordias que estallaron entre los árabes, y sus guerras y derrotas dentro de Francia, favorecieron la conservacion de la naciente monarquía cantábrica. Poco hizo por ella Favila en los dos años de su reinado: nada se sabe de su vida; cuéntase tan solo su muerte entre las garras de un oso.

En socorro de los asturianos habia venido desde Vizcaya, con golpe de gente, Alfonso, hijo del duque Pedro de Cantabria ², que habia militado en tiempo de Egica y Witiza. Casado con una hija de Pelayo, era el mas á propósito para continuar sus hechos esclarecidos. Dejando las gargantas y desfiladeros en que se habian guarecido

¹ Véase su descripcion por Jovellanos en el elogio de D. Ventura Rodriguez. Los planos trazados por este no llegaron á ejecutarse, despues de haber gastado cerca de dos millones en los cimientos y consolidacion del área en que se habia de construir la Colegiata, *pegote greco-romano*, que solo hubiera servido para desnaturalizar la agreste pero venerable majestad de la caverna.

Por el art. 21 del Concordato de 1831 se conserva esta Colegiata.

² «Adefonsus Pelagii gener regnavit an. XVIII. Iste Petri Cantabrie Ducis filius fuit: et dum Asturias venit Bermisindam Pelagii filiam, Pelagio praecipiente accepit. Et dum regnum accepit praelia satis cum Dei juvamine gessit. «Urbes quoque Legionem, atque Asturicam ab inimicis possessas victor invasit. Campos quos dicunt Gothicos usque ad flumen Dorium cremavit, et Christianorum regnum extendit. Deo atque hominibus amabilis extitit. Morte propria decessit.» (Albeldense, § 32). Los árabes le nombran con pavor: «Y entonces tomó el mando de los asturiches Alfonso el Temido, *mata-gente*, hijo *del sable (Ebu-el-saif)*, tomó pueblos y castillos, y nadie le hizo frente. Padecieron por él miles de miles de musulmanes el martirio de la espada. Les quemaba casas y campiñas, y no habia que fiar de él.» (Faustino Borbon, carta 22 sobre la *España árabe* de Masdeu, con referencia al Laghi año 122 de la Egira).

los insurgentes, y ayudado de los vascones, todavía independientes de los sarracenos, recorrió casi toda la Galicia, y avanzó por las llanuras de lo que despues se llamó Castilla la Vieja, conquistando todo el terreno que media desde el Cantábrico hasta las vertientes del Guadarrama y márgenes del Duero. Imposibilitado de sostener tan vastas conquistas, despobló todo aquel territorio, pasando á degüello los sarracenos, y retirándose con todos aquellos cristianos hácia la parte septentrional, repoblando Asturias y Galicia. Tan grandes victorias arguyen un favor especial de la Providencia, y D. Alfonso era acreedor á él: su celo por la Religion fue grande, y en los puntos de su dominacion construyó y restauró numerosas basilicas ¹. Su muerte (787) fue la del justo, y los cronistas de la edad media refieren los cánticos celestes que honraron sus exequias ². El celo que mostró por el bien de la Iglesia le valió el dictado de *Católico*, con que le conoce la historia, título que habia dado la Iglesia goda á Recaredo, y que á fines de este período veremos usar á los reyes que lanzaron la morisma de nuestro suelo, dejando este sobrenombre como glorioso distintivo de los Monarcas españoles.

§ CXXIX.

Tributo de las cien doncellas.

Los cronistas del siglo VIII y IX nada dicen acerca de este vergonzoso pasaje de nuestra historia, y, lo que es mas, los mismos historiadores árabes, interesados en referirlo, nada cuentan tampoco, á pesar de que describen minuciosamente los tributos que pagaban los Cristianos y las párias que les imponian como prendas de las treguas. Así es que esa infamante fábula está ya por fortuna completamente desacreditada, y ha quedado para pasto de poetas.

Reduciase aquel cuento á suponer que algunos de los reyes pri-

¹ «Itaque supradictus Adefonsus admodum magnanimus fuit, sine offensione erga Deum et Ecclesiam, et vitam meritò inimitabilem duxit. Basilicas plures construxit et instauravit.» (*Chron. Salmat.*, n. 14).

² «Nàm cum spiritum emisisset intempestae noctis silentio et excubiae palatinae diligentissimè corpus illius observarent, subito in aëre auditur à cunctis excubantibus vox Angelorum psallentium: Ecce quomodo tollitur justus... «Hoc verum prorsus esse cognoscite, nec fabulosè dictum putetis.» (*Ibid.*).

meros de Asturias inmediatos á la reconquista, reyes *perezosos*¹, negligentes, descuidados y flojos, por no verse atacados de los moros les ofrecieron pagarles anualmente cien doncellas, las cincuenta nobles, y otras cincuenta plebeyas². No se dice qué reyes fueron estos desalmados que consintieran tan infame tributo; pero los defensores de la fábula han designado por tales á D. Aurelio y Mauregato, pintándolos como unos mónstruos de maldad, y exagerando sus vicios y usurpacion. Para probar la verdad de este hecho acudieron tambien á unas procesiones, que se celebraban en Leon y Carrion en memoria de este suceso, yendo las doncellas á dar gracias á la Virgen (no á Santiago) por verse libres de aquel tributo; mas ni hay documento cierto que autorice esta significacion, y lo que se supone inmemorial será probablemente posterior á la invencion de tan absurdo cuento. Igualmente se apoyan en un antiguo relieve, aunque de época incierta, que representa á Santiago á caballo, con varias mujeres que se encomiendan en sus oraciones.

Mas ¿dónde estaba entonces la fe de los hijos de Pelayo, dónde la religion de los asturianos, dónde el celo del Clero y de los Monjes, dónde la santidad de aquellos obispos fugitivos, si no perdieron mil veces la vida antes que consentir tan impía transaccion? ¿Y en obsequio de aquellos asturianos, castellanos y gallegos obraba prodigios el cielo? ¡Qué vergüenza! ¿Y es posible que en esas provincias haya habido hombres que por interés se hayan apresurado á enlodazar su historia defendiendo á todo trance tan absurdo cuento³?

¹ «Fuerunt in antiquis temporibus circa destructionem Hispaniae à Saracenis factam, Rege Roderico dominante, quidam nostri successores pigri, negligentes, desides, et inertes christianorum Principes, quorum utique vita nulli fidelium extat imitanda; hi quod relatione non est dignum, ne Saracenorum infestationibus inquietarentur, constituerunt eis nefandos redditus de se annuatim persolvendos, centum videlicet puellas excellentissimae pulchritudinis, quinquaginta de nobilioribus Hispaniae (los reyes de Asturias no se llamaban á si mismos reyes de España), quinquaginta verò de plebe.»— Con razon sospecha Masdeu que el autor del cuento fue francés: si hubiera sido italiano hubiera hecho pagar dinero, mas el francés hizo pagar en mujeres.

² ¿A quién se le hará creer que en el reducidísimo reino de Mauregato se pudieran encontrar con tanta facilidad todos los años cincuenta doncellas nobles y lindas al par? Aun pagado un año era monstruoso é inverosímil, pero continuando por muchos años excede los límites de la fábula.

³ Uno de los apologistas del Voto de Santiago tuvo la avilantez de asegurar

§ CXXX.

D. Alfonso II el Casto. — Cruz angelica.

Los reyes que mediaron entre los Alfonsos I y II no se mostraron dignos de la alta empresa á que estaban destinados. D. Fruela el fratricida hizo sentir el peso de sus armas á los gallegos y vascongados que se rebelaban contra su dura dominacion, y él mismo á su vez fue asesinado. Aurelio y Silon haciendo paces con los infieles volvieron las armas contra los Cristianos, pues aquella turba indisciplinada que acaudillaban, ávida de guerras y matanzas, cuando no se empleaba contra los moros se volvia contra los jefes. El intruso Mauregato y el piadoso diácono Bermudo nada hicieron digno de memoria en época en que habia mucho por hacer. Escrupulizando D. Bermudo ocupar un trono en que se necesitaba ser guerrero, y no queriendo sin duda empuñar las armas, cosa ajena á su caracter sacerdotal, abdicó en D. Alfonso, hijo de Fruela, á quien las intrigas de Mauregato habian obligado á retirarse á Vizcaya.

Tiempo era ya de que se pusiera al frente de los cántabros un caudillo que pudiera salvar aquel pequeño Estado de los riesgos que le amenazaban. Los hijos de Abderrahman se preparaban á luchar; Carlo Magno anhelaba la sujecion de los territorios cristianos de España, y dentro de estos surgian pasiones bastardas. El brazo de Alfonso II era bastante vigoroso para dominarlas, mas aun alguna vez hubo de ser víctima de aquellas ambiciones. Feliz en la guerra, no lo fue menos en todas aquellas cosas que constituyen un buen príncipe, y sobre todo en la pureza é integridad de vida, que le valió el sobrenombre de *Casto*¹. La ciudad de Oviedo, su corte, le debió su engrandecimiento²: la catedral, su antigua y venerable fabrica, y

que valia mas se perdieran cien doncellas que no todas las del país. Masdeu le rebatió aquella doctrina como inmoral y herética. (Véase sobre esto el tomo XVI de Masdeu, suplemento I, art. 1.º, y tomo XVIII, suplemento XXIII, pág. 440 y sig. — Véase el § CXXXII de este capítulo).

¹ «Sicque per quinquaginta et duos annos, sobriè, immaculatè, piè ac gloriose regni gubernacula gerens, amabilis Deo et hominibus gloriosum spiritum emisit ad coelum.» (Salmat., n. 22).

² «Nam et regalia palatia, balnea, trielinia, vel domata atque praetoria construxit decora, et omnia regni utensilia fecit pulcherrima.» (Salmat., n. 21).

la ereccion en silla episcopal. Aun cuando se rebaje mucho de las fábulas con que el obispo D. Pelayo y otros trataron de ensalzarle fuera de verdad, todavía quedará lo suficiente para aplaudir la grandeza á que en época tan calamitosa ensalzó su iglesia aquel Rey magnánimo. Los cronistas de la edad media ¹ describen minuciosamente las iglesias que construyó y los altares y reliquias con que hubo de ennoblecirlas, deteniéndose con pia complacencia en esta minuciosa relacion. Su memoria fue tan apreciada de los hombres piadosos, que hicieron intervenir manos de Ángeles en la construccion de la hermosa cruz de oro, que regaló á San Salvador de Oviedo, y que por esta razon se llama la *Cruz angélica* ².

§ CXXXI.

Hallazgo del cuerpo de Santiago.

El cuerpo de Santiago, traído por sus discípulos á España, fue enterrado en un lugar llamado entonces *Liberum domum* (Libredon), á distancia de ocho millas del Padron, y tierra adentro, no lejos del sitio donde la tradicion enseña todavía (en el Padron) los parajes que se dice haber santificado el Apóstol con su presencia, durante su vida. Muertos los dos discípulos que habian quedado en custodia del sagrado depósito, perdióse enteramente la memoria del sitio donde fuera sepultado: las persecuciones de los romanos, las invasiones de los suevos y mahometanos, habian hecho perder de todo punto hasta el último vestigio exterior de su existencia, creciendo un bosque sobre la sagrada tumba. Á poca distancia de ella se erigió durante la dominacion de los suevos la silla de Iria Flavia, trasladada de Celenis, segun la opinion mas probable ³. Como los mahometanos apenas lle-

¹ Véanse en Sebastian de Salamanca que ocupa en su descripcion todo el n. 21.

² Deseando el Rey *Casto* regalar una hermosa cruz á su iglesia de San Salvador, se le presentaron dos Angeles en figura de artifices extranjeros, los cuales fabricaron la cruz en el rato que el Rey tardó en comer; por lo que se llamó la Cruz angélica. Cuéntalo el Monje de Silos (*Cronic. Silense*, n. 29) muy minuciosamente; mas como este escribió doscientos años despues, y los contemporáneos nada dicen, ni la cruz misma lo expresa, algunos críticos piadosos, sin negar la posibilidad del suceso, dudan del milagro.

³ Florez: *España sagrada*, tomo XIX, pág. 52.

garon á pisar aquel territorio, continuó la serie de los Obispos irienses sin interrupcion alguna.

Corria ya el siglo IX y reinaba en aquellos países D. Alfonso el *Casto*, cuando se presentaron algunas personas respetables ¹ al obispo de Iria, llamado Theodomiro, refiriéndole que en el bosque inmediato habian visto luces sobrenaturales y apariciones angélicas. Pasando allá el Prelado, fue testigo del prodigio, y reconociendo el bosquecillo con detencion, halló entre la maleza una pequeña fábrica, dentro de la cual habia una tumba de mármol, bajo una bóveda de piedra. Noticioso el Rey *Casto* de tan precioso hallazgo por la narracion que le hizo el Obispo, se dirigió presuroso al sitio donde yacía el sagrado tesoro, y mandó construir allí una iglesia, con residencia para el Obispo, dando al mismo tiempo tres millas al rededor del sepulcro ². El año del descubrimiento nó se sabe de cierto, pero se fija mas comunmente en 829 ³. La fábrica de la iglesia duró así hasta fines de aquel siglo, en que la compró el rey D. Alfonso III

¹ Dícese que este fue un anacoreta llamado Pelayo, que lo supo por revelacion angélica, y que varios fieles de Lovio vieron unas luces milagrosas en aquel campo, de donde le vino el nombre de *Compostela*. La derivacion que da Florez á esta palabra, siguiendo á Harduin, es inexacta, pues nunca se ha llamado en España á Santiago *Giacomo Postolo*, palabras italianas no españolas, de donde saca la contraccion de *Compostela*. (Véase Florez, tomo XIX, pág. 64 y sig., segunda edicion).

² Si es auténtico el instrumento de la donacion, que cita Florez, tomo XIX, pág. 329 de la segunda edicion, que por su lenguaje y fórmulas parece algo sospechoso.

³ Véase Florez, tomo XIX, pág. 64 y 329. Los escritores de la *Historia Compostelana* se contentaron con decir que fue en tiempo de Carlo Magno, y el *Cronicon Iriense* en tiempo de Carlo Magno y de D. Alfonso el *Casto*, anteponiendo su autor, como buen francés, el monarca extranjero al español.

A continuacion del párrafo citado de la iglesia compostelana viene la indecente fábula de la precipitacion del Rey en mandar que echasen un toro bravo contra el obispo Adhaulfo, acusado falsamente de pecado nefando, y del milagro con que se liberto del toro quedándose con los cuernos en sus manos. Florez (tomo XIX, pág. 80, segunda edicion) manifestó ya los desatinos y anacronismos de aquella falsa tradicion, que el P. Mariana (lib. VII, cap. XIV) creyó de buena fe. Este pasaje, y otros muchos como este, nos muestran el cuidado con que debe procederse para examinar y admitir los sucesos de aquellos siglos, que en él se compilaron, no siempre con buena fe. (Véase el § CLXXIV sobre los falsarios).